



CUSTODIA DE TIERRA SANTA

Primera misión de la Orden Franciscana

HAN pasado 800 años desde que en 1217 la Orden Franciscana llegó a Tierra Santa. La celebración de ocho siglos de presencia ha sido un momento muy especial. Un buen motivo para mirar al pasado, hacer memoria, congratularnos junto a la Iglesia universal y dar gracias a Dios por todo lo recibido.

Esta misión nace por deseo expreso de San Francisco, a partir de una intuición personal de llevar a todo el mundo la Buena Nueva de nuestro Señor, empezando por su propia tierra. Ser testigos de paz y fraternidad evangélica, anunciar su reino en castidad consagrada, en obediencia fraterna y sin propio.

El 14 de mayo de 1217 en el Capítulo de Pentecostés, celebrado en Santa María de los Ángeles en Asís, «la Porciuncula», la Orden Franciscana alcanzó una dimensión misionera y universal. Fue en el primer «capítulo de las esteras», donde los hermanos (ya muy numerosos) sentados sobre esteras, las mismas que utilizaban para dormir,

deciden organizar misiones dirigidas al norte de los Alpes, a los confines de Europa y a Ultramar: norte de África y Medio Oriente. Así parten fray Gil hacia Túnez y fray Elías a Tierra Santa.

Por su preparación intelectual, su carácter fuerte y templado y su absoluta observancia a la Regla de la incipiente Orden, San Francisco puso a Fray Elías de Cortona al cargo de esta nueva misión. Y no le defraudaría. Era con mucho el fraile mejor preparado y quien sucedería a San Francisco en el gobierno de la Orden.

LA PROVINCIA DE TIERRA SANTA

Si bien la presencia de los frailes en Marruecos y Túnez no se consolidó en provincias, en Tierra Santa todo fue diferente. Los

frailes Elías, Iluminado y algunos más fundaron el primer convento en San Juan de Acre, aún ciudad cruzada. Una primera comunidad de la que tenemos testimonios extra-franciscanos, como las crónicas de Jacques de Vitry, Obispo de Tiro.

Desde aquí los frailes comienzan a acompañar a los comerciantes cristianos que se adentran en los territorios musulmanes y asisten a

venecianos, genoveses y pisanos en sus consulados desde El Cairo a Estambul, desde Acre a Damasco, unas veces como capellanes de los Templarios, otras asistiendo a los cristianos encarcelados, celebrando las misas de Navidad y Pascua. Todo ello, por supuesto, invitados por los gobernantes musulmanes.

En definitiva, durante el siglo XIII la afluencia de frailes es cons-



tante, hasta el punto que en el Capítulo General de Pisa en 1263, la Custodia de Tierra Santa se confirma como provincia de la Orden. Por su puesto, hubo algún que otro vaivén político, pero con paciencia y perseverancia los frailes abrieron casas y se expandieron por todo el territorio.

En 1333 tuvo lugar un hecho muy importante en la historia de la Custodia. Los Reales de Nápoles, Roger de Anjou y, sobre todo, su esposa, Sancha de Mallorca consiguieron de los Sultanes de Egipto los permisos necesarios para hacerse con la propiedad del Cenáculo, restaurarlo y construir un convento para los frailes, además de asegurar la presencia por derecho propio para vivir y celebrar misas y demás oficios dentro del Santo Sepulcro.

A estos importantes santuarios se añade la presencia con un convento en Belén, en la Basílica de la Natividad en 1347. Consta la propiedad y el uso litúrgico de la V Estación, de la Tumba de María... Y así, poco a poco, se va logrando una conquista pacífica de los Santos Lugares: en 1485 el lugar del nacimiento de San Juan Bautista, Nazaret (1620), el Tabor (1631), Caná (1641), Getsemaní (1661), la Visitación (1679), la Flagelación (1836), Emaús (1867), Betfagé

(1880), el *Dominus Flevit* y en Taba el Primado de Pedro junto al lago de Tiberíades (1889), las ruinas de Cafarnaúm (1894), en 1909 el campo de los pastores junto a Belén, en 1932 el monte Nebo en Jordania, en 1936 se consigue el lugar adyacente al Cenáculo, hoy Convento del Monte Sión. Siendo su mayor expansión por los territorios palestinos, Líbano, Siria, Chipre, Anatolia y Egipto entre los siglos XIV y XVII.

La Cruz de Tierra Santa, una cruz griega potentada de color rojo sobre fondo blanco rodeada de cuatro cruces más pequeñas, conocida también con el nombre de «Cruz de Jerusalén», es el símbolo de la Custodia de Tierra Santa.

Pero también hubo grandes pérdidas, como la expulsión de los frailes del Cenáculo en 1551, donde todavía hoy no podemos celebrar la Eucaristía, excepto el día de Pentecostés que se celebran las Vísperas solemnes, presididas por el Custodio, quien además realiza en el mismo lugar el lavatorio de pies el Jueves Santo a los niños de la parroquia de Jerusalén. Fue terrible el genocidio armenio hacia 1915, que supuso la aniquilación de este pueblo y el terror. La Custodia perdió 11 conventos, escuelas y dispensarios, rubricando con sangre el martirio de los frailes junto a nuestro pueblo.

Pero no todo son penas, en 1992 se pierde Egipto debido a

que las numerosas vocaciones y la particularidad del rito copto permitieron la creación una nueva provincia: la Provincia de la Sagrada Familia. Provincia franciscana de rito copto, con quienes estamos muy unidos.

A esta historia de la consolidación de la Custodia, debemos unir la tutela de la Santa Sede. En 1342 el papa Clemente VI promulgó las bulas *Gratias Agimus* y *Nuper Carrissimae*, en las que confiaba a la Orden la custodia y el cuidado de los Santos Lugares y dotaba, además, de estatus jurídico a la Custodia de Tierra Santa. Desde entonces los Papas han velado para que la Orden siga sosteniendo la presencia de los frailes en estos territorios de diferentes maneras. Por ejemplo, estableciendo las Colectas pontificias del Viernes Santo, como recordaba Pablo VI, y más recientemente, en 1992, cuando se cumplieron los 650 años de las Bulas clementinas, San Juan Pablo II envió al Ministro General de la Orden un mensaje de felicitación a la vez que de exhortación a perseverar en el encargo recibido de la Iglesia. También Benedicto XVI en Nazaret y Francisco en Belén, expresaron de viva voz el mandato para que la Orden siga con su Misión de custodiar los Santos Lugares y sus gentes.



Los Franciscanos están presentes en el Santo Sepulcro desde 1335 sin abandonarlo nunca.

LA MISIÓN EN LOS SANTOS LUGARES

Es una misión muy especial que se desarrolla en paralelo a la consolidación de la Custodia de Tierra Santa. Custodiar los Santos Lugares quiere decir, ante todo, amar estos lugares. Y amar es hacer crecer humanamente aquello que se nos ha encomendado. Por eso desde el principio los frailes escrutan las crónicas de los peregrinos antiguos y a partir de sus testimonios salen a buscar ruinas, situar las enseñanzas de Jesús que nos han llegado a través de los Evangelios, adquirir, limpiar, excavar, edificar, etc. los lugares que, tras ser destruidos, habían permanecido enterrados bajo el polvo durante siglos. Se cree que cuando fray Elías y sus compañeros llegaron a San Juan de Acre, solo estaban en pie el Santo Sepulcro y la Natividad de Belén. Se había perdido la huella de Tabga, Cafarnaúm, Nebo, Betania, etc. Nazaret eran ruinas despobladas, donde durante cuatro siglos no hubo celebración eucarística en la Santa Gruta.

Esta fue la primera misión de los frailes: rescatar del olvido los Santos Lugares y recuperarlos de manos no cristianas y usos indebidos. San Juan Bautista en Ain Karem, por ejemplo, era una cuadra. Posteriormente los frailes edificaron capillas, que serán sustituidas por iglesias y basílicas. Son los santuarios que millones de peregrinos cristianos visitan cada año y que están abiertos todos los días del año para que cualquier persona de buena voluntad pueda entrar, contemplar, rezar o estudiar su arquitectura. Hoy son lugares de encuentro con el Señor, quien sigue enseñando en ellos. Son lugares

de culto, pues ininterrumpidamente se celebran misas y funciones litúrgicas.

Los Lugares Santos fueron desde el principio espacios de oración y pastoral cristiana, pues los frailes fundan parroquias para las comunidades cristianas que viven en torno a ellos. A veces, como en Nazaret, donde no había nada ni nadie en 1620, los frailes invitan a familias de otras partes y consti-



Fray Aquilino de Titulcia, tiene 43 años y es superior y párroco en el convento de Betfage, Delegado del Custodio para España y responsable de la Animación Vocacional. Llegó a Tierra Santa en 1996 con una beca de la Complutense para cursar hebreo en la Universidad Hebrea de Jerusalén. En el Santo Sepulcro nació su vocación.

Ingresó en la Custodia, estudió Filosofía y Teología en Jerusalén, árabe en El Cairo y Damasco. Cuenta con licenciatura y máster en Islamología por la Universidad de Beirut.

tuyen el primer núcleo urbano de la que hoy es la mayor ciudad de Galilea.

Establecidas las comunidades católicas, pues comunidades ortodoxas y griego-católicas ya existían en Belén, Jerusalén, Jericó y Ramleh, la Custodia se ocupará de hacer llegar la educación a los cristianos. En 1550 se establecen las primeras escuelas de Oriente Medio, en Belén y Jerusalén. Son escuelas parroquiales donde se enseñaba a leer y escribir, principios de matemáticas, árabe, turco, francés y, por su puesto, el Catecismo.

En 1705 las escuelas, cada vez más extendidas por la geografía, incorporan alumnos no católicos con el compromiso de no enseñar a los ortodoxos la fe católica. Un siglo después, musulmanes y judíos también comparten las aulas, con la innovación de separarles en sus clases de religión, como se sigue haciendo. A mediados del siglo XIX se abrirán las escuelas femeninas y posteriormente la primera escuela mixta en Nazaret, donde fray Fortunato Riloba, su director, dejó estupefactas a las familias con una idea tan revolucionaria.

Hoy son 14 escuelas, con casi 20.000 alumnos, de 4 a 17 años, de todas las religiones, donde prima la educación en la convivencia, la tolerancia y el respeto más allá del credo. Además, hay un programa de 500 becas universitarias al año en universidades de Israel, Palestina, Jordania, Italia, España y Estados Unidos. El objetivo es preparar una sociedad nueva, regenerada y con experiencias de otras culturas.

Destacamos otros proyectos, como la Casa del Infante, en Belén, donde casi 100 niños que pro-

vienen de familias con problemas de tóxicodependencias, violencia, alcoholismo... encuentran un hogar. Estudian en la escuela de Belén y después de las clases comen en la Casa y participan en un programa de deporte, juegos y, sobre todo, refuerzo escolar. Algunos vuelven a sus casas por la tarde, otros solo los fines de semana y algunos (pocos) se quedan el fin de semana con fray Mawan Dides, responsable de la Casa y director del *Terra Sancta School* de Belén.

La labor educativa es muy importante para la Custodia desde siempre, de hecho, también se han puesto en marcha un conservatorio, el Instituto Magnificat e instalaciones deportivas en Nazaret, Belén y Beit Hanina.

Otra preocupación muy importante ha sido la vivienda. Desgraciadamente, la religión condiciona a la hora de comprar o alquilar una

Custodiar los Santos Lugares quiere decir, ante todo, amar estos lugares. Y amar es hacer crecer humanamente aquello que se nos ha encomendado.

casa, y a los cristianos no se las vendían o eran muy caras. Desde hace décadas la Custodia destinó los terrenos que antaño fueron huertas de los conventos y viñas para producir el vino de misa, a la construcción de viviendas que se alquilan por un precio simbólico a familias desfavorecidas.

El trabajo puso en marcha una importante iniciativa. En 1740 se



La Orden Franciscana custodia los Santos Lugares y trabaja por derechos fundamentales de vivienda, educación y trabajo digno.

abrió en el convento de San Salvador la escuela de Artes y Oficios, donde se enseñaba a los cristianos a trabajar la madera de olivo y la madre perla, productos muy típicos hoy en Tierra Santa, pero que entonces los frailes comercializaban en Europa para ofrecer trabajo y sustento de forma digna a la población cristiana. Hoy la Custodia de Tierra Santa cuenta con casi 1.200 trabajadores, entre profesores, enfermeros, cocineros, cuerpo administrativo, carpinteros, restauradores, expertos en mosaicos, camareros... Son muchas personas que dependen de los peregrinos, de que los mismos cristianos sigan en su tierra si así lo desean.

En resumen, podemos decir que se atienden los tres derechos fundamentales del hombre, según la Declaración de los Derechos Humanos: vivienda, educación y trabajo digno.

Esta es la misión encargada por la Santa Sede a los frailes fran-

ciscanos de todo el mundo. Y así lo expresó Benedicto XVI en el rectorio de Nazaret: «Gracias por lo que habéis hecho, por lo que hacéis y por lo que os pedimos que sigáis haciendo hasta el final de los tiempos».

Para los frailes que vivimos en Tierra Santa y los que nos apoyan en el resto del mundo es una misión con un enunciado sencillo: ESTAR. Y, si es la voluntad de Dios, eso haremos, estar y permanecer. Abrir la puerta del Santuario cada mañana, atender las parroquias en Alepo, Damasco, Qennayeh, Beirut, Jerusalén, Belén y Jericó; abrir las escuelas y guarderías en Damasco, Emaús, Nazaret, Amman o Nicosia; formar educadores, arquitectos y dentistas; abrir las Casanovas, nuestras casas de peregrinos a trabajadores y turistas. ESTAR hasta que Dios quiera.

FRAY AQUILINO DE TITULCIA